

Del autor de *La cabaña*
22 millones de lectores en todo el mundo

WM. PAUL YOUNG

EVA




ESPASA

WM. PAUL YOUNG

EVA

Traducción de Gloria Padilla


ESPASA

Título original: *Eve*

© William Paul Young, 2015

© por la traducción, Gloria Padilla, 2016

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

© Espasa Libros, S. L. U., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2016

ISBN: 978-84-670-4893-3

Depósito legal: B. 20.334-2016

Composición: Fotocomposición Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es



1

EL DESCUBRIMIENTO

Atrapado en la marea de las calladas oraciones matutinas y del simple asombro, John *el Recolector* descansaba contra un árbol, con los dedos de los pies enroscados y hundidos en la frescura de la arena. Ante él, un ondulante mar se extendía hasta desaparecer y fusionarse con un claro y brillante cielo azul.

La fragancia salobre del mar se perdía entre los aromas del eucalipto, la mirra y las flores de hagenia. John sonrió. ¡Éstos eran siempre los primeros en abrazarlo! Resistiéndose al impulso de ponerse de pie, se hizo a un lado, inclinó la cabeza hacia atrás y respiró profundamente. Había pasado un buen rato desde la última vez que lo había visitado.

La mujer de huesos delgados, alta y con la piel negra como el ébano, aceptó su muda invitación y se acomodó a su lado, acariciando los grises cabellos de su nuca con la ternura que muestra una madre hacia su hijo. Este feliz contacto le causó una sensación pacífica de cosquilleo que le recorrió los hombros y la espalda, liberándolos del peso que, sin saberlo, venía cargando.

Podría haberse quedado así por algún tiempo, pero

esas visitas siempre tenían un propósito. Aun así, contuvo su creciente curiosidad, pues prefería la dulce felicidad de su compañía.

A regañadientes, se obligó a hablar:

—¿Madre Eva?

—¿John?

Sin mirarla, supo que sonreía. Antigua y poderosa, la mujer irradiaba la dicha contagiosa de un niño. Con un brazo, lo atrajo hacia sí y le besó la frente.

—Has estado en este sitio... —comenzó ella.

—Hoy hace cien años —terminó la frase por ella—. Si ésta es la razón de tu visita, estoy agradecido.

—Lo es en parte —respondió Eva—. En cualquier lugar, cien años son motivo de celebración.

John se levantó y se sacudió la arena, antes de ayudar a Eva a ponerse de pie. Ella aceptó su mano con elegancia, aunque no la necesitaba. Su cabello blanco y grueso formaba una corona tejida alrededor de su cara, que incontables años habían cubierto de arrugas y pliegues hasta esculpir en ella una obra maestra de alegrías y penas. Su rostro resplandecía más como el de una niña que como el de una matriarca, y sus ojos cobrizos brillaban con expectación.

Las preguntas de John amenazaban con salir disparadas, pero ella lo detuvo con una mano levantada.

—John, una buena pregunta vale mil respuestas —dijo en tono de broma—, elígela con cuidado.

Le tomó un momento formularla.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó él con tono sombrío—. ¿Cuánto debemos esperar antes del final, cuando haya concluido nuestra sanación? —Tomó una de las manos de Eva y se la llevó al corazón.

—Mucho menos que cuando me hiciste la misma pregunta por primera vez.

John suspiró profundamente y asintió, mirando la luz ambarina que salpicaba sus ojos.

—Pero he venido a hablarte de hoy, John. Hoy mi hija nacerá en tu mundo.

El hombre frunció el ceño.

—¿Tu hija? Pero, madre Eva, ¿no es cierto que cada uno de nosotros es tu hija o tu hijo?

—Sí, lo sois —declaró—, pero desde hace mucho tiempo hemos sabido que habría tres en particular que podrían mostrar resistencia y que nos representarían a todos. Aquella a quien le fue dada la promesa de la semilla; la otra, cuya semilla aplastaría la cabeza de la serpiente, y la última, con quien la semilla se uniría para siempre. La Madre, la Hija y la Esposa. La llegada de esta niña señala el principio del final.

John estaba tan azorado que apenas se dio cuenta del momento en que Eva recogió una piedra y caminó hacia la orilla del agua. La siguió, desorientado y abrumado. Eva lanzó la piedra, que se elevó muy alto en el aire, y ambos observaron cómo caía a gran velocidad y cruzaba la lisa y brillante superficie del mar, salpicando apenas unas gotas.

—John —dijo ella—, en el océano del universo, una sola piedra y una sola ondulación lo cambian todo para siempre.

Él dejó que las pequeñas olas tocaran sus pies y remolcaran la arena debajo de ellos. Estar al lado de Eva siempre era un bálsamo, aunque también resultaba desconcertante.

Una voz aguda cruzó el aire:

—John, estás perdiendo el tiempo.

Él se volvió y una brisa proveniente del mar le erizó entonces el pelo de la nuca, mientras los perfumes de Eva acariciaban su rostro.

Letty había llegado, y Eva se había ido. John suspiró.

—Los Hurgadores te están llamando desde hace más de una hora, y como tú eres el único Recolector en más de cien kilómetros a la redonda...

John devolvió la vista al mar, seleccionó otra piedra lisa y la lanzó por el aire para que planeara sobre la superficie del agua y se sumergiera con un sonido agradable. Siempre había sido un misterio para él por qué un éxito tan pequeño lo complacía tanto.

—¿Qué prisa tienen? —masculló mientras Letty llegaba a su lado. Recogió otra piedra.

Letty era una anciana diminuta de apenas noventa y un centímetros de estatura, con bastón y chal, que vestía medias desiguales, dobladas sobre unos zapatos también dispares. Tenía el aspecto de una manzana a la que han dejado largo tiempo bajo el sol, todavía redonda pero marchita, con unos penetrantes ojos negros, nariz curva y una boca enfurruñada y sin dientes. Su bastón podría haberse confundido fácilmente con una especie de varita mágica, y lo apuntaba directo a él.

Cuando se percató de la intensidad en su semblante, John dejó caer la piedra sobre la arena.

—¿Letty?

La respuesta de la mujer fue mesurada.

—Esta mañana han visto un enorme contenedor de metal flotando, lo han llevado a tierra y lo han abierto. Los Eruditos ya han determinado que viajó a la deriva desde la Tierra en tiempo real.

—Eso ya ha sucedido antes —sugirió John.

—Lo hemos abierto y hemos encontrado los restos de doce seres humanos, todos ellos mujeres jóvenes, excepto uno.

—Jesús —murmuró John como ruego y al mismo tiempo como exclamación de sorpresa.

—Parece ser que utilizaban el contenedor para transportar personas a largas distancias, probablemente en un gran buque o barco. Como no había restos de ningún naufragio, suponemos que lo arrojaron a propósito, pero no antes de haber ejecutado a las chicas que están dentro. Si es posible que eso sea algún tipo de consuelo para una tragedia así... —Su voz vaciló con la emoción.

John le dio la espalda y se derrumbó en la arena, llevándose las rodillas hasta el mentón. El calor del día y la dulce brisa parecían ahora una burla. La alegría de Eva se había ido junto con ella.

Sintió que la pequeña mano de Letty se posaba sobre sus hombros, mientras se esforzaba por combatir la creciente ira y la pena.

—John, no podemos permitir que el mal sombrío encuentre sitio en nuestros corazones. Nos afligimos en este universo fracturado. Es justo que sintamos furia, pero no debemos permitir que eso nos aleje de los brazos de la dicha, que está más allá de nuestra comprensión. Sentir todo eso significa que estamos vivos.

Él asintió.

—¿Dices que todos los humanos eran mujeres excepto uno?

—Sí, también había un hombre de mediana edad. La idea inicial que compartimos es que tal vez intentara proteger a las jóvenes. Estoy segura de que hay una his-

toria detrás, pero quizá tengamos que esperar largo tiempo para conocerla.

—No quiero ver...

—No te preocupes. Ya han trasladado los cadáveres al Santuario de las Amarguras y los están preparando para la celebración del fuego de mañana. En este momento debes hacer lo que sólo tú puedes hacer... para que los Hurgadores puedan desmontar el contenedor y los Artistas puedan encontrar alguna forma de honrar a esas preciosas muchachas.

John cerró los ojos y volvió el rostro al cielo, deseando que no se hubiera interrumpido de un modo tan insoportable su conversación con Eva.

—Vamos —instó Letty—, los otros esperan.

El tamaño del contenedor asombró a John. De al menos diez metros de longitud, su enorme peso había requerido una docena de las bestias de los Transportadores para sacarlo del agua rodando sobre una plataforma de troncos. En la playa arenosa de la caleta se veían enormes surcos detrás de la caja. En las tiendas había mesas donde se había colocado el contenido en altas pilas: ropa, mantas y unos cuantos animales de peluche. Allí hacía más frío, como si el mismo sol hubiera alejado su cálido rostro para no ver la escena.

De uno de sus bolsillos, John sacó un pequeño estuche, lo abrió y se puso un anillo en el dedo. Luego giró el borde para cambiar el sello. Cualquier cosa que tocara con ese anillo quedaría marcada con una fecha y después se la llevaría a su hogar, el Refugio, donde se almacenaría para su análisis y su consulta posterior. De

su otro bolsillo sacó un par de guantes finos y se los puso.

El primer artículo que llamó su atención fue un archivador negro con tres cajones, cerrado con llave, y lo marcó. Estaba helado. Llamó a una de las Artesanas, una mujer que tenía la habilidad para ocuparse de cerraduras y llaves, y a quien le llevó sólo unos segundos abrir el archivador para luego dejar que John revisara el contenido. Había lo que esperaba: archivos de registros e información, partidas de remesas y facturas de embarques, documentos de contabilidad y otros informes.

El último cajón contenía unas carpetas que documentaban la escasa información personal de las chicas, en las que se incluía una fotografía de frente de cada una de ellas. También estaban los datos de estatura, peso, edad y salud. Era obvio que sus nombres eran alias, ya que cada uno correspondía a un país terrenal que comenzaba según las letras en orden alfabético: Argelia, Bolivia, Canadá..., y el último era Líbano. John se detuvo un instante a observar las imágenes. Los rostros y los ojos de las fotografías eran ventanas a doce historias que merecían el duelo apropiado.

Estaba a punto de cerrar el cajón y continuar con sus tareas cuando una idea le cruzó la mente. Contó las carpetas. Eran doce, como había dicho Letty, pero algo estaba mal. La cifra de Letty incluía al hombre. Contó de nuevo. Doce fotos, todas de chicas jóvenes. Eso quería decir que faltaba una de ellas. Tal vez había escapado, o los registros estaban equivocados, pero la discrepancia lo incomodaba y no podía pasarla por alto.

¿Se refería Eva a una de esas mujeres?

Por una corazonada, caminó unos metros hasta el

contenedor. Junto a la puerta se había colocado una fila de botas para los trabajadores, que eran el calzado de protección que después se limpiaría y se desinfectaría con gran cuidado. Eligió un par de su medida.

Un Ingeniero lo saludó:

—Hola, John. Todo esto es una horrible tragedia.

Asintió mientras se ataba las botas.

—Quiero entrar un momento para revisar una cosa y compararla con estos registros. ¿Hay algo que deba saber?

—No, todavía hay algunos detalles por revisar, pero ya hemos retirado lo más importante.

John asintió con tristeza, reconociendo la gentileza del Ingeniero.

—También hemos apagado ya la unidad de refrigeración, pero el interior sigue helado. Probablemente se estropeó y se quedó atascada en el ciclo de enfriamiento, lo que supongo que es una bendición en estas circunstancias. Los cadáveres estaban casi congelados. Ten cuidado, el suelo está bastante resbaladizo.

Las puertas se abrieron con facilidad, rechinando sobre sus goznes y permitiendo el paso de la luz. La iluminación interna parpadeó, lo que indicaba algún tipo de sistema cerrado de baterías independiente de la refrigeración. Al entrar, John se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración, y cuando la dejó salir entre sus dientes apretados, lo envolvió el vapor que desprendía su boca.

La bodega estaba aproximadamente a un tercio de su capacidad con artículos grandes —cajas, colchonetas, recipientes de plástico—, junto con desechos y basura, una mezcla que tendría que revisar en algún momento. Manchas de sangre congelada regadas por la

tumba metálica cubrían las paredes y el piso. Saltó cuidadosamente por encima de éstas, produciendo a cada paso un sonido que reverberaba en la quietud.

Más allá, John pudo ver que el ventilador de la unidad de refrigeración estaba parado y en silencio, con una fina capa de hielo que ya se había formado sobre las aspas. Una revisión rápida casi lo convenció de que no quedaba sitio donde pudiera estar oculta la chica que faltaba.

Sin embargo, una anomalía captó su atención. Al fondo, junto a la unidad de refrigeración, había una estructura metálica soldada que sobresalía unos cincuenta centímetros de la pared. Con cuidado, caminó hacia allí y la examinó de cerca. En la parte inferior había unas bisagras, y cuando recorrió con los dedos la parte superior, descubrió dos abrazaderas grandes. John comprendió que, si las desprendía, se abriría por completo. ¿Era un área para dormir, como una litera, o quizá una mesa? ¿Sería para un guardia?

Dudó un instante, luego se calentó las manos con su aliento y abrió las abrazaderas, que al soltarse emitieron un sonido hueco. Al bajar la plancha metálica, el helado acero le quemó las palmas y los dedos a través de los finos guantes. Era pesada, y tuvo que usar uno de sus hombros para bajarla hasta que las cadenas de los extremos se extendieron en toda su longitud. Se detuvo, nivelada y firme, a unos sesenta centímetros del suelo. Ahí fue donde la encontró.

La adolescente estaba destrozada dentro del hueco. Alguien había forzado la lámina de metal para cerrarla, pero la chica no cabía dentro. Podría haberse pensado que dormía, con los brazos y las piernas en ángulos ex-

traños y la cabeza doblada sobre el pecho, si no hubiera sido por las heridas y los cortes, de donde empezó a manar sangre cuando se soltó la presión. Uno de los pies estaba casi cercenado. Mientras la chica yacía allí congelada, John permaneció mirándola, detenido en el tiempo.

Luego dio media vuelta y se dirigió a la salida, esta vez demasiado asqueado como para ocuparse de esquivar la sangre. Necesitaba traer a las personas capacitadas para lidiar con ese tipo de cosas.

—¡He encontrado a otra chica! —gritó, lo que desencadenó un frenesí de actividad que se extendió más allá del contenedor.

Una vez fuera, se desató las botas y se las quitó, regresó a la tienda donde había marcado el archivador, se sentó y se reclinó sobre éste.

—Dios, ¿cómo es posible que nos sigas amando? —susurró. Se detuvo un momento y miró en dirección al contenedor—. Por favor, concédele Tu paz.

Otra explosión de actividad y gritos le hicieron levantarse. Un compañero Transportador irrumpió en la tienda y lo abrazó.

—¡John! ¡La chica que has encontrado está viva! ¡Apenas, pero está viva! —El hombre sonrió de oreja a oreja y lo abrazó de nuevo—. ¡Ahora eres un Descubridor, John! —gritó el Transportador al salir—. ¿Quién lo habría imaginado?

John dejó caer la cabeza entre las manos con una sensación de entumecimiento. Si ésa era la hija de Eva, qué nacimiento tan desdichado y doloroso, entre sangre y agua. ¿Qué de bueno podía venir de tanta maldad?